



La pasada Asamblea General de la OEA se celebró en Washington. Este año se realizará en Medellín.

menos de momento, se antojan irreparables. Desde hace varios años, el interés de la OEA se ha centrado en resolver la crisis de Venezuela –de hecho, en la pasada Asamblea ese país constituyó un preponderante tema de discusión, junto con la situación en Nicaragua–, y todo parece indicar que la Asamblea por venir girará en torno a lo mismo.

“Podríamos señalar que se trata del espacio supremo en la región para visibilizar y criticar los horrores de los regímenes de Nicolás Maduro y Daniel Ortega, verdaderas pesadillas para la democracia y estabilidad regional –opina el investigador de la Sergio Arboleda–. No obstante, no se ve una salida fácil en los dos casos (...). Creo que no estábamos preparados para estos problemas. Estábamos seguros de que la ‘ola democrática’ que inició en la década de los ochenta ya nos había asegurado la estabilidad y diálogo político, pero no es así”.

Piñeros, por su parte, dice que, ante la ausencia de cambios en la situación de esos países, la retórica se repetirá: “La OEA no tiene ninguna perspectiva distinta a la de seguir presionando –sostiene–. Si no ocurre nada, seguirá debatiendo sobre lo mismo, y ese no es un problema exclusivo de la OEA: todo el multilateralismo latinoamericano de los últimos años habla solo de Venezuela y, en menor medida, de Nicaragua”.

LA CARTA DEMOCRÁTICA

Uno de los conceptos que suelen acompañar las noticias en torno a la OEA es la posibilidad de aplicar la Carta Democrática. El profesor Fabio Sánchez explica que su activación funciona de varias maneras para proteger la democracia:

- Cuando peligra la estabilidad democrática, un país pide ayuda a la OEA, y esta lo asiste.
- Si hay una crisis, la organización puede ayudar a solucionarla.
- Si se altera el orden constitucional, la OEA puede invocar el artículo 20 para revisar la situación.
- Cuando hay un golpe de Estado, el mismo artículo convoca la reunión del Consejo Permanente, en donde los actores toman acciones secuenciales para facilitar el retorno de la democracia. Si esto no ocurre, se puede llegar a la suspensión, que requiere 24 de 34 votos en una Asamblea General Extraordinaria, una cifra siempre difícil de conseguir. Pero la idea nunca es la suspensión directa ni la intervención: se trata de ayudar pacíficamente y en medio del consenso.

El analista reconoce que es muy difícil que una organización que no contribuye de manera positiva en la solución de los problemas prácticos sea considerada como útil por la sociedad. “Estos temas opacan todos los demás que podrían trabajarse: desarrollo y medio ambiente, superación de la pobreza, profundizar en los mecanismos de integración económica y comercial y la movilidad estudiantil en los países de América Latina –señala–. Lo urgente en el corto plazo, lo mediático, está opacando lo estructural, lo realmente importante”.

Y SI TE SACAN, ¿QUÉ?

Hace dos años, el régimen de Nicolás Maduro presentó una carta en la que solicitaba su salida del organismo. Según los procedimientos, el fin de la relación de Venezuela con la OEA sería este año. Sin embargo, el pasado 23 de enero –día en el que Juan Guaidó se proclamó presidente interino en Caracas– Almagro aseguró que el trámite quedaba suspendido. Tan es así que, hoy, la silla del país suramericano la ocupa Gustavo Tarre, representante de Guaidó y no un embajador designado por Maduro.

A esta situación se suma el hecho de que Cuba no ha reocupado su asiento pese a que, en 2009, los Estados miembro derogaron la resolución que la había suspendido en 1962. Estos dos casos validan el cuestionamiento sobre los efectos reales que supone para un país el que se le aplique la Carta Democrática.

El profesor Piñeros destaca que ser suspendido de la OEA trae consecuencias. “Un Estado pierde legitimidad política –explica–. No participar en la OEA puede ser visto de manera negativa por un país muy influyente como Estados Unidos. Y desde el punto de vista práctico, puede tener un impacto negativo económicamente hablando, dependiendo de la situación del país que salga. Para un país pobre, como Haití, puede ser mucho más difícil reemplazar los recursos o los programas de apoyo que le da la OEA para salud o educación”.

Cuando se enciende el debate a favor y en contra del accionar de la OEA, no faltan las voces que proponen acabarla. Pero eso, según los analistas, no solo es poco viable sino que resultaría imprudente. A pesar de su presunta ineficiencia, dice Piñeros, acabar un proceso de integración es muy difícil, pues cada país sabe que está presente y, por tanto, en cualquier momento se puede mejorar. Sánchez dice que así la OEA acumule una larga fatiga y frustración, “a fin de cuentas es el espacio que tenemos para dialogar y tratar las crisis”. Al parecer, más allá de la retórica diplomática, más vale mantener a flote su existencia, no vaya y sea que un día un país ‘se enoje’ con otro y no haya nadie que le recuerde que, pese a todo, la costumbre de este vecindario es solucionar los problemas hablando. ♦